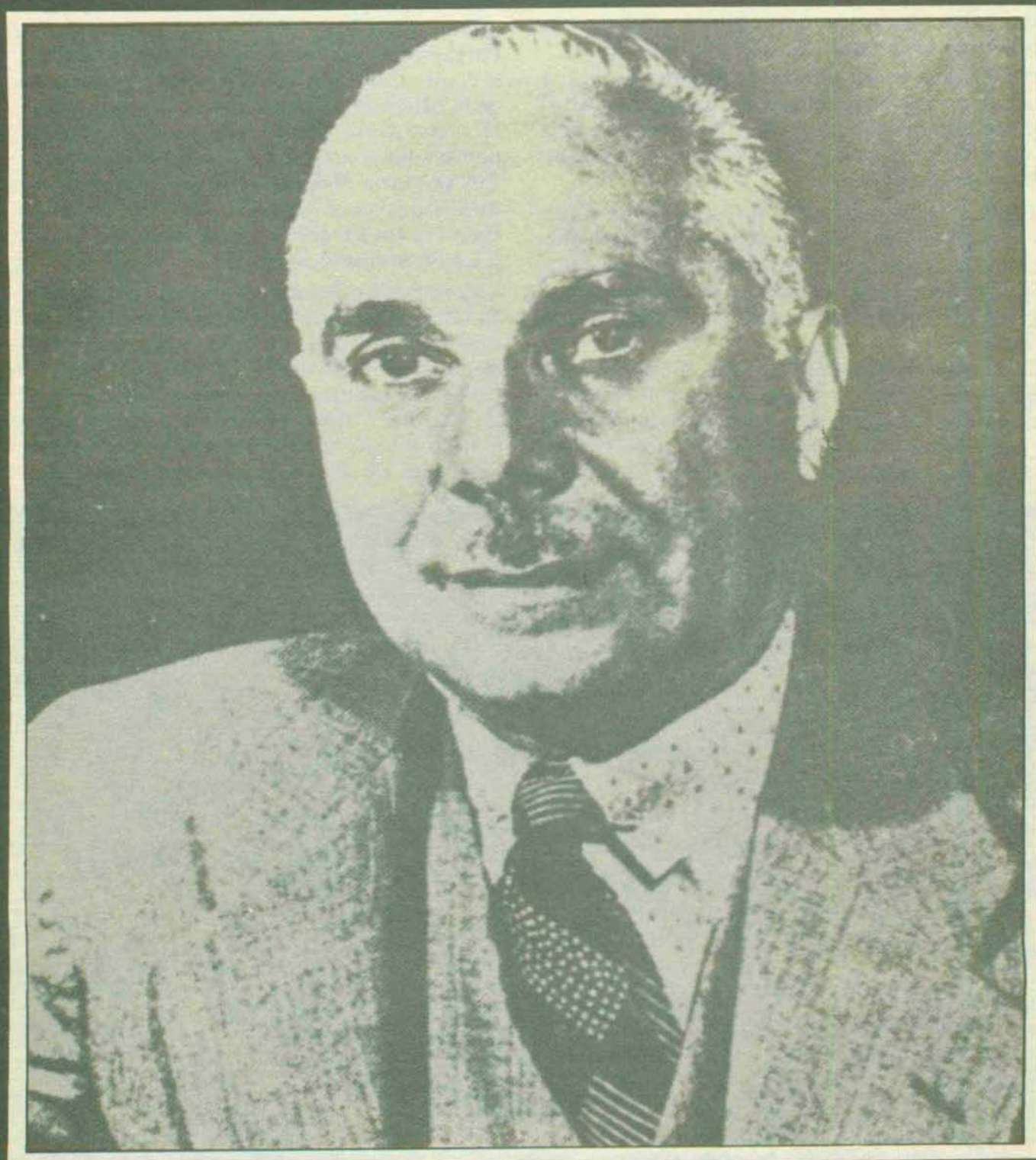


Otro Generalísimo

Rafael Leónidas Trujillo

(1891-1961)



Gonzalo Goicoechea

TODOS los conjurados habían sido trujillistas; habían disfrutado de puestos oficiales, de sinecuras. En su mayoría, participaron en la acción impulsados por motivos de venganza personal. Porque todos habían sido, en un momento u otro, víctimas de la farsa trujillista, del disimulo y la teatralidad de un tirano que duró en el poder treinta y un años y que lo ejerció con el despotismo de un emperador oriental y la grotesca pompa de un dictador bananero.

LOS conjurados estaban divididos en dos grupos: El Grupo de Acción debía asesinar a Trujillo y presentar su cadáver al Grupo Político, que desencadenaría un golpe de Estado.

El primer grupo cumplió su misión la noche del 30 de mayo del año 1961. **El Jefe**, como en otras muchas ocasiones, se dirigía, en el «Chevrolet» color azul cielo conducido por el fiel Zacarías, a su ciudad natal, a San Cristóbal. Parte de los conjurados siguieron al «Chevrolet» azul en otro coche, también «Chevrolet», pero de color negro; el resto, esperaba, en el punto de las afueras de la capital previamente acordado, en un «Oldsmobile» aparcado en la cuneta.

El coche de caza de los conjurados estaba especialmente preparado para alcanzar grandes velocidades. En seguida alcanzó al coche perseguido y, al llegar cerca de donde esperaba el «Oldsmobile», inició la maniobra de adelantamiento. En el instante en el que los dos coches se cruzaban sonó un disparo que penetró en el «Chevrolet» azul por la parte de atrás hiriendo en el hombro a Trujillo. Zacarías frenó mientras se oía el segundo disparo. El coche de los perseguidores adelantó al de Trujillo pero rápidamente dieron la vuelta y los disparos continuaron sonando dirigidos un poco al albur contra la víctima. Zacarías quería regresar a la capital, entonces llamada Ciudad Trujillo, pero **el Jefe** prefirió luchar, abrió la portezuela y salió disparando su revólver. Murió sobre el asfalto, acribillado a balazos.

La primera parte de la acción había dado resultado. Los conjurados metieron el cadáver del Benefactor de la Patria, Restaurador de la Independencia Financiera, el Primero y más Grande de los Jefes de Estado Dominicanos, Padre de la Nueva Patria, Leal y Noble Campeón de la Paz Mundial, Principal Pro-

tector de la Cultura Dominicana, Máximo Protector de la Clase Trabajadora Dominicana, etcétera, en un baúl. Y comenzaron a cometer desatinos, imprudencias que, salvo a dos que supieron esconderse bien, les costaría a todos la vida. No se preocuparon del chófer y Zacarías, sin embargo, no había muerto. Habían quedado en matar a quien entre ellos resultara herido, pero llevaron a uno a un hospital. No lograron encontrar al general Pupo Román, que debía haber dado el golpe de Estado (hay quien dice que les traicionó) y acabaron dejando el baúl con el cadáver en el garaje de uno de ellos. Cuando Ramfis, el hijo primogénito y mimado de Trujillo, volvió de París, una de sus capitales preferidas para la diversión y el entretenimiento, descubrió toda la conjura: hubo centenares de detenidos, sobre todo entre los familiares y amigos de los implicados; un total de veintinueve personas murieron tras haber sido torturadas con saña inimaginable; seis de ellos sirvieron de diversión, hasta que encontraron la muerte, para Ramfis y sus amigos militares en su última y sangrienta bacanal, días antes de que toda la familia Trujillo abandonara la República Dominicana.

Ni Ramfis Trujillo ni los hermanos de su padre pudieron mantenerse en el poder tras la muerte de éste. Los desórdenes y las revueltas populares, junto a la amistosa y siempre presente presión norteamericana, se lo impidieron. Sobre la fortuna que sacaron del país se dan cifras de leyenda, desde barcos cargados de tesoros a cientos de millones de dólares. El cuerpo de Rafael L. Trujillo no halló reposo hasta el mes de noviembre de 1970, cuando desde el Pere Lachaise parisino fue trasladado a las cercanías de Madrid. Hacía varios años ya, desde el 4 de mayo de 1962 exactamente, que en la República Dominicana era un crimen elogiar al tirano muerto, fuera en palabras u obras.



En 1925, año en que fue hecha la foto, el presidente Vásquez nombra a Trujillo Coronel Comandante de la Policía, que posteriormente sería transformada en Ejército Nacional. Trujillo daba sus primeros pasos para la toma del poder.

LA LUCHA POR EL PODER

Trujillo reunía muchas de las características de los dictadores hispanoamericanos. Otras, empero, le caracterizan a él tan sólo. Hizo de

la República Dominicana una finca particular y sometió férreamente también a las principales familias incluso a las más trujillistas. Era un megalómano que adoraba el dinero (siempre llevaba con él un maletín repleto de dinero: la noche del atentado contenía más de 300.000 dólares); teatral y disimulador, le obsesionaba la pompa y cuidaba su aspecto acicalándose hasta el amaneramiento; sentía auténtica locura por las mujeres que, al parecer, prefería mulatas y regordetas (al poco tiempo de llegar al poder se acabó creando un puesto oficial cuya misión no era otra que la de surtir de mujeres —hembras, les gusta decir a los dominicanos— al **Jefe**: Cada semana unas cuarenta mujeres eran revisadas y varias de ellas las elegidas); tenía 10.000 corbatas, 2.000 trajes, 500 pares de zapatos y numerosos uniformes de variopinto e insólito diseño; aunque no era católico practicante, llamaba, sin embargo, de cuando en cuando, a brujos y hechiceros. Alguna vez reconoció en público que él quería el poder desde que era pequeño. Y a ello dedicó sus enormes energías físicas.

Rafael Leónidas Trujillo nació el 24 de octubre de 1891, hijo de un pequeño comerciante de costumbres licenciosas, bebedor, amigo del baile y poco escrupuloso en los negocios. Rafael era el tercero de los once hijos. Siendo todavía un muchacho trabajó en San Cristóbal como telegrafista, pero pronto abandonó el puesto y se dedicó a negocios no del todo claros. El primer paso decisivo en su carrera

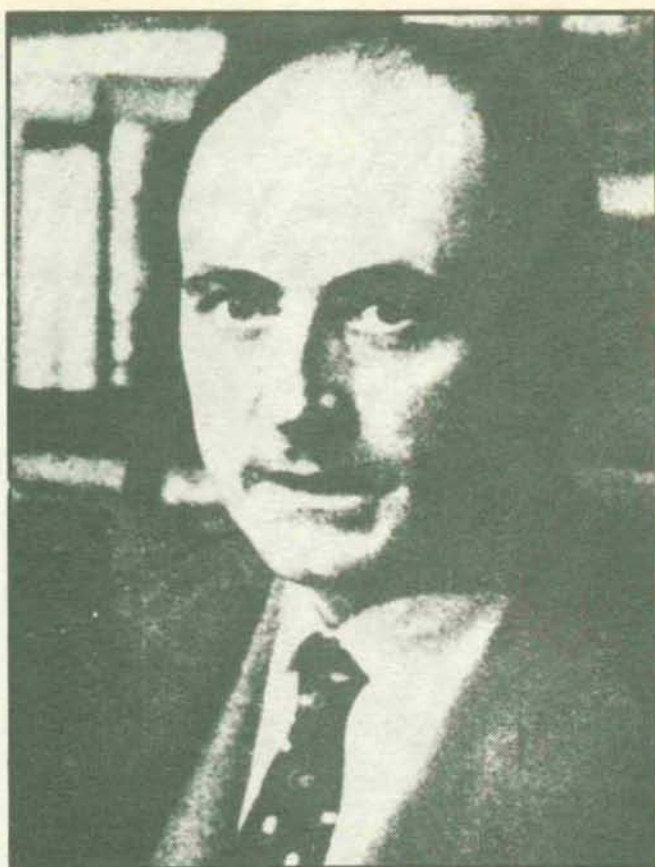


Los norteamericanos, aparentemente recelosos hacia el Benefactor, colaboraron con él hasta sus últimos meses. En la foto, Trujillo con Foster Dulles, en marzo de 1961.

no lo da hasta el 11 de enero de 1919, al prestar juramento como Segundo Teniente provisional de la Guardia Nacional creada por el gobierno militar norteamericano que en aquellos años ocupaba el país. El ascenso de Trujillo fue rápido. Pocos días antes de que las tropas norteamericanas traspasaran el poder al Gobierno Provisional Dominicano, en octubre de 1922, era ascendido a capitán. Las fechas, poco a poco, como peldaños que conducen al poder, se van sucediendo: el 22 de junio de 1925 es nombrado por el presidente constitucional, Horacio Vásquez, Coronel Comandante de la Policía; en 1927 una Ley transforma la Policía en Ejército Nacional y el puesto de Trujillo adquiere el rango de General de Brigada.

Para el año 1930 había convocadas elecciones. Ya el nombre de Trujillo era notorio entonces para todos los interesados por la política y algunos comenzaban a temerle. La noche del 22 de febrero un movimiento militar se inicia en Santiago, la segunda capital del país. Aparentemente, Trujillo no está a favor de los insurgentes, aunque luego se mostró que era el cerebro dirigente de la operación. La situación del país fue confusa durante unos días, hasta que los políticos dominicanos, reunidos en la Legación de los Estados Unidos, llegan a un acuerdo: El presidente Vásquez presenta su dimisión y Estrella Ureña, aparente caudillo de los insurgentes, es nombrado presidente provisional; para el 16 de mayo son convocadas elecciones; Trujillo sigue en su puesto de comandante en jefe del ejército, pero no podrá presentarse candidato.

Estrella Ureña resultó ser una marioneta de Trujillo. Durante el gobierno provisional el ejército se dedicó a sembrar el miedo y el terror entre la ciudadanía. Trujillo no estaba dispuesto a cumplir el pacto porque aspiraba a ser candidato vencedor en las elecciones; utilizó al ejército para conseguir sus propósitos. Los atentados y las intimidaciones contra políticos de otros partidos y contra los demás candidatos aumentaron de tal forma que, el 7 de mayo, la Junta Electoral Central renunció en pleno, negándose a ser una parte más de la farsa que se avecinaba; los partidos y alianzas decidieron retirarse y, finalmente, el 16 de mayo, Trujillo fue elegido presidente sin oposición posible. Entre esa fecha y el 16 de agosto, día de la toma de posesión, Trujillo insistió en sus métodos de intimidación y violencia despiadada. Fue su instrumento una banda de criminales conocida como «La 42». Desde un céle-



El vasco Jesús de Galindez. Su secuestro y asesinato inició la cuenta atrás para la caída del Generalísimo caribeño.

bre «Packard» rojo, el carro de la muerte, los pistoleros imponían su ley en las calles. El día de la toma de posesión de Rafael Leónidas Trujillo como presidente de la República una nueva era comenzaba.

Todo parecía estar a favor de Trujillo, incluso la naturaleza: El 3 de septiembre un potente ciclón azota al país causando grandes daños y numerosos muertos. El Gobierno suspende las garantías constitucionales y declara el estado de emergencia nacional. La gravedad de la catástrofe hace que pronto comiencen a llegar las ayudas internacionales. Todo lo emplea Trujillo para mejor entronizarse en el poder. El 8 de noviembre el Congreso le otorga el título de «benefactor de la Patria».

En 1934 se produce la primera conspiración que, como las que le sucedieron, fracasó. El tirano comienza a tener delirios de grandeza secundados zalameramente por una prensa cada vez más amordazada y servil: El 5 de junio de 1934, «Listín Diario» publica una foto de su hijo Ramfis con el siguiente texto: «Hoy día 5, cumple y celebrará espléndidamente sus cinco años de edad, el gracioso y bello niño Rafael Leónidas Trujillo Martínez, el más joven de los coroneles del Ejército Nacional, hijo mimado y querido del Gene-



Ramfis Trujillo, el hijo mimado en quien el Benefactor tenía puestas todas sus complacencias, con la actriz Kim Novack, uno de sus sonados romances.

ralísimo Rafael Leónidas Trujillo, Honorable Presidente de la República». (1)

En 1934 y 1935 hay nuevas conspiraciones. El 5 de febrero de 1936 Santo Domingo comienza a llamarse Ciudad Trujillo. En septiembre de 1936 se otorga el nombre de Pico Trujillo a la punta más alta de la isla.

Cuando se produce la matanza de los haitianos, se puede decir que Trujillo era el amo absoluto de la República Dominicana.

La matanza de haitianos es el primer tropiezo grave en la era Trujillo. En la zona del Caribe la política de cada país tiene diversas influencias en los demás. Trujillo estaba obsesionado por los acontecimientos que ocurrían en el Caribe: Desde 1956, ayuda al dic-

(1) He utilizado los siguientes libros para realizar el trabajo (todos los entrecomillados, por tanto, están sacados de ellos): Jesús de Galíndez, «La Era de Trujillo». Buenos Aires, 1958; Robert D. Crassweller, «Trujillo. La trágica aventura del poder personal». Barcelona, 1968; Bernard Diederich, «Trujillo. La muerte del dictador». Santo Domingo, 1968; John Bartlow Martin, «El destino dominicano». Santo Domingo, 1975; Hans Magnus Enzensberger, «Política y delito». Barcelona, 1968.

tador cubano Batista a mantenerse en el poder; en 1957 se producen intervenciones dominicanas en Guatemala y en Costa Rica; también en Honduras se hará sentir la zarpa del Benefactor. Pero en Haití es otra cosa. Haití ocupa la tercera parte de la isla Hispaniola, que comparte con la República Dominicana. Con graves problemas demográficos y una pobreza endémica, los haitianos siempre han estado presentes en la vida dominicana. En el pasado siglo invadieron el país vecino y durante veinte años implantaron un sistema de terror. Trujillo, sobre todo en las dos primeras décadas de su mandato, se dedicó con placer maquiavélico a intrigar en el gobierno de Puerto Príncipe. Como en los demás asuntos, empleó a fondo la farsa y el doble juego. Aparentemente, las relaciones entre los dos países no podían ser mejores en el año de 1937. Sin embargo, bajo manga, se preparaban sangrientos planes. El 2 de octubre Trujillo estaba en la frontera haitiana y, en un discurso, arremetió violentamente contra el cruce ilegal de campesinos haitianos que iban a la R.D. a buscar pan y trabajo; calificó el hecho como violación de la integridad territorial dominicana. A las pocas horas Trujillo se enteraba que los agentes que había enviado a Haití para organizar un golpe de estado habían sido descubiertos. Y ordenó la matanza: «Solamente en Santiago, el Ejército capturó entre mil y dos mil haitianos, los encerró al igual que un rebaño dentro de un patio contorneado por dependencias del Gobierno, y se entregó a la tarea de decapitarlos sistemáticamente con machetes, siendo utilizada esta arma todas las veces que fue posible con preferencia a las de fuego, con el fin de simular un ataque espontáneo del enfurecido campesinado dominicano. En Monte Cristi, otro numeroso grupo de haitianos fue obligado a marchar a punta de bayoneta, con los brazos atados, hasta la extremidad del muelle, donde fueron ahogados mediante el sencillo expediente de empujarles a las profundas aguas. En Dajabón, sobre la orilla del Massacre, miles de haitianos fueron derribados a machetazos y a tiros de rifle... Los cadáveres obstruían el río. Miles de ellos se amontonaban a los oscuros vallejitos, en las calles de las aldeas, en los caminos vecinales... Regueros de sangre corrían por los polvorientos caminos rurales...» (2).

El mundo tardó varios días en conocer los hechos, pero finalmente saltó el escándalo

(2) Crassweller, pág. 168.

internacional. Se formó una comisión formada por Guatemala, Perú y Argentina. Pero la zorruna habilidad de Trujillo hizo que todo quedara en agua de borrajas: A cambio de los 17.000 haitianos asesinados, se comprometió a pagar 750.000 dólares y se detuvo a dieciséis individuos a los que se acusó de ser los responsables.

FULGORES Y DELIRIOS DE UN PODER ABSOLUTO

El estallido de la Segunda Guerra Mundial le pilló a Trujillo fuera del país, en uno de sus extraños viajes en los que se autonabraba embajador de cualquier cosa. Trujillo vuelve a su país y es recibido apoteósicamente, a pesar de que entonces el presidente era Jacinto Peynado ya que él no se había querido presentar a las elecciones del 38 en una falsa retirada que hiciera olvidar la matanza de haitianos. La guerra es una oportunidad espléndida para Trujillo. Aunque sus simpatías personales iban a las potencias del Eje, la R.D. se declara partidaria de los Aliados y declara, en gesto simbólico, la guerra a Japón y Alemania.

En 1942 Trujillo es elegido nuevamente, por unanimidad absoluta de los electores, presidente y se le concede el título de «Protector del Obrero Organizado». Al final de la Guerra Mundial la política dominicana practica el juego del procomunismo hasta que la guerra fría hace que sean más rentables los paladines anticomunistas.

El resto de la década de los cuarenta y la mitad de la siguiente Trujillo se dedica a disfrutar de su poder. Salvo pequeñas escaramuzas, la R.D. «goza» de una paz sin problemas, es una balsa de aceite. Trujillo reforma la Constitución cuantas veces lo necesita o le apetece; el Congreso es una marioneta en sus manos (todos los diputados firmaban, antes de acceder al puesto, la renuncia sin fecha); los magistrados y los jueces también son de quita y pon; las elecciones dan unanimidades aplastantes; cada dominicano no ve en otro semejante más que un posible delator, un chivato, un **calié**: «Los teléfonos estaban intervenidos, las habitaciones de los hoteles plagadas de micrófonos, se abría el correo, se leían los telegramas... como los confidentes secretos del Dictador se encontraban por todas partes, nadie sabía si su vecino, o sus amigos de toda la vida o incluso su hermano o hijo o esposa informarían en contra de él» (3).

(3) Bartlow Martin, pág. 36.



En 1954 Trujillo hizo un viaje por Europa. Sólo en España fue recibido oficialmente. Franco era un héroe para él. Cuando volvió a la R. Dominicana se hizo comprar un coche descapotable como el del Generalísimo español.

«Se pueden citar casos de persecución individual, hasta asesinatos; pero esos casos agudos no revelan algo más básico que no deja huella, el ambiente difuso de terror que sella lenguas y pervierte los espíritus. La simulación de ideas que caracteriza al pueblo dominicano hoy (el texto está escrito en 1956) no puede probarse documentalmente, sólo puede sentirse conviviendo con ellos durante meses» (4).

La táctica de Trujillo es no fiarse de nadie y jugar con todos. Sus más íntimos colaboradores tan pronto se ven encumbrados como en la prisión, para luego volver de nuevo, todavía más alto. Uno podía, por ejemplo, por fidelidad al jefe y cumpliendo sus órdenes, participar en un asesinato; a los varios años uno, por ejemplo, podía disgustarse por los deseos del jefe hacia su esposa y entonces caía en la cárcel y se le acusaba del asesinato cometido años antes; tras varios meses de

(4) Galíndez, pág. 128.

prisión y hasta de tortura, uno era llamado de nuevo a ser ministro, o juez, o director de empresa.

Pero Trujillo anhelaba todo el poder y no sólo el político. Megalómano y amante del dinero practicó sin rubor el nepotismo y el peculado. Poco a poco, todas las industrias básicas del país fueron a parar a sus manos: la sal, la leche, los seguros, la carne, el tabaco, la lotería, los periódicos, las industrias tradicionales, las licencias de exportación e importación, el azúcar, etcétera. En la R.D., como decía el lema miles de veces impreso, sólo había «Dios y Trujillo» (en los años finales hubo un cambio: «Trujillo y Dios»). «Yo simplificaría todos los títulos de Trujillo en uno sólo, es el Primer Propietario de la República Dominicana, su granja alcanza al país entero. Por eso no gobierna, sino dispone de las haciendas y vidas como le place» (5).

«Con la adquisición de la industria del azúcar, podía estimarse que Trujillo poseía quizá 600.000 hectáreas de tierra en explotación y vastas extensiones de propiedad inculca. Los ingresos de la familia Trujillo por aquel entonces y según estimaciones de fuen-

(5) *Idem*, pág. 180.

tes competentes, (se refiere a los primeros años cincuenta) equivalían al conjunto de los presupuestos de Educación, Salud Pública, Trabajo, Seguridad Social y Obras Públicas... El valor de sus intereses azucareros podía calcularse en 150 millones de dólares. De 100 a 200 millones más habían sido invertidos o depositados en el exterior, especialmente en Nueva York... Si hubiera de aventurarse una estimación «grosso modo» en cuanto al valor total de los bienes de Trujillo en la R.D. y en el exterior, 500.000.000 de dólares bien pudiera ser una cifra verosímil» (6).

Las calles, las plazas, los caminos, los palacios, las provincias, los pueblos van cambiando poco a poco de nombre y pasan a llamarse como la mujer de Trujillo, o como sus hijos, o como la madre, o como los hermanos. En cada hogar es obligatoria la foto del Dictador con un texto que dice: «En esta casa Trujillo es el Jefe». En las fuentes un cartel asegura: «Trujillo te da el agua». En los hospitales se repiten los letreros: «Trujillo te cura».

Ramfis, el primogénito, es nombrado coronel a los cinco años; a los 24 años es ya Mayor

(6) *Crassweller*, pág. 290.



Siendo la R. Dominicana un país con grandes riquezas naturales, el pueblo, sin embargo, vivía bajo Trujillo —y vive desgraciadamente todavía hoy— en la más negra miseria.

General. Trujillo tenía puestas en él esperanzas dinásticas. Pero a Ramfis, cruel y mujeriego como su padre, no le atraía la política y prefería vivir en París, Miami o Hollywood. Durante años Ramfis fue un galán apuesto que se perdía por las estrellas del cine y son muy conocidos sus romances con Zsa Zsa Gabor y Kim Novack. Las disputas entre padre e hijo eran continuas y, sin embargo, Trujillo jamás le reprendió. Cada vez que se enfadaba, Ramfis abandonaba el país. Al cabo de varios meses volvía y se dedicaba a organizar bacanales y fiestas que duraban semanas enteras. Al final, su padre acabó reconociendo que no había tenido suerte con él.

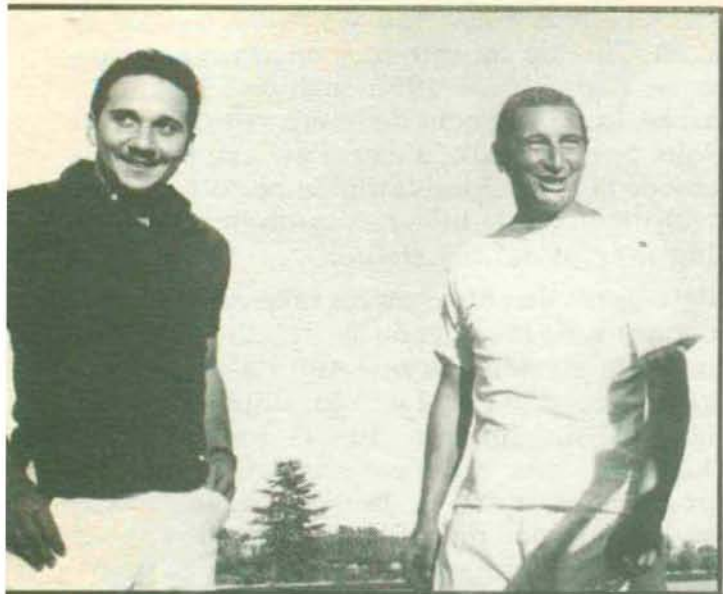
El año 1955 es declarado oficialmente «Año del Benefactor». Trujillo está en la cúspide del poder y decide mostrarlo al mundo: Se organiza para el año siguiente la llamada Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre. Todos los medios del Estado fueron puestos al servicio de un acontecimiento que debía durar dos años. Se invirtieron cerca de 50.000.000 de dólares, pero la feria resultó un fracaso. La economía dominicana se resintió del absurdo esfuerzo que ésta supuso. Si Trujillo había pensado en un tal despliegue de grotesco y demencial fasto para, en cierta

manera, culminar sus veinticinco años de poder, lo que sucedió fue contrario a sus deseos: A partir de 1956 se inicia la cuenta atrás, la decadencia de la era trujillista. No sólo, por supuesto, a causa del estéril derroche de la Feria, sino también por otros acontecimientos que hicieron tambalearse la salud mental del Benefactor.

Pero antes de entrar en los factores desencadenantes de la caída de Trujillo, resumamos la Feria en detalles que algunos acaso juzguen anecdóticos: Lo más importante del fasto acontecimiento fue la inauguración. Angelita, hija quinceañera del tirano, fue proclamada reina de la feria. Angelita hizo su entrada por mar mientras, varios aviones le daban guardia de honor desde el firmamento. Tapices de flores, alfombras del extranjero y arcos de triunfo jalonaban el recorrido. El vestido que llevaba la niña haría las delicias de cualquier lectora o lector de prensa rosa: Para su confección se organizó una especie de concurso internacional; las hermanas Fontana, de Roma, fueron las modistas elegidas. El vestido se confeccionó en raso blanco de seda guarnecido con rubíes, diamantes y perlas; como adornos se utilizaron 45 metros de armiño ruso (unas seiscientas pieles en total); la cola, de 22 metros de



Trujillo en una de las ceremonias oficiales. A su derecha, su esposa doña María y su nieta Mercedes; a su izquierda, su hermano Héctor.



Muerto el dictador, la casi totalidad de la familia se exilió en España. En la foto, Radamés, hijo pequeño de Trujillo, con el Marqués de Villaverde.

largo, costó 80.000 dólares; el cetro y el broche, 75.000.

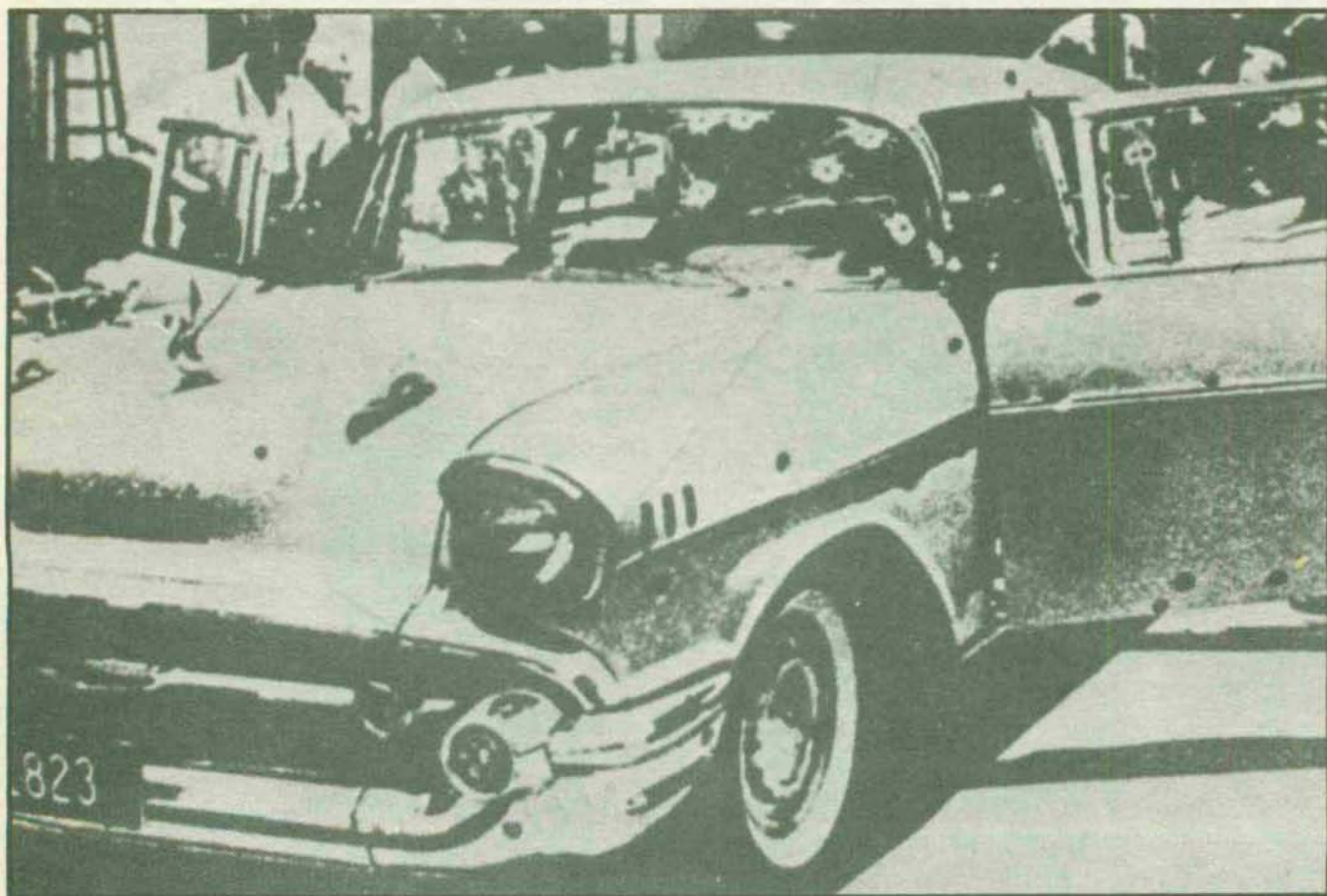
LA LOCURA FINAL

A partir de 1956 Trujillo comienza a ser un personaje molesto. Los problemas se agudizan y el dictador recurre al terror de forma

indiscriminada. Los Estados Unidos y la Iglesia católica, hasta entonces silenciosos, distantes y a la vez respetuosos, agrandan lentamente, con gran precaución, sus distancias. Ingentes cantidades de dinero son destinadas a pagar a periodistas norteamericanos para intentar detener la hostil campaña. Los gastos de Defensa llegan a suponer casi la mitad del presupuesto nacional.

En sus últimos años Trujillo da varios pasos en falso. Y cada nuevo fallo le sume más en su paranoia, en el tenebroso mundo de las conspiraciones, muchas de ellas reales pero otras producto de una imaginación ya enfermiza. El primer hecho que une a la opinión internacional en contra de Trujillo es lo que se conoce como «el caso Galíndez».

Jesús de Galíndez era un vasco que se exilió después de la guerra española. Permaneció una larga temporada en la República Dominicana y luego, siempre como representante de la República Vasca, se trasladó a los Estados Unidos. Galíndez daba clases en la Universidad de Columbia, mientras preparaba su tesis doctoral que había de versar sobre «la brutal tiranía» de Rafael L. Trujillo. Este, a través de sus agentes neoyorquinos, se enteró: El 12 de marzo de 1956, Galíndez desa-



El automóvil del Dictador muestra los impactos de bala, tras el mortal atentado que acabaría con la vida del «Generalísimo» y «Benéfactor» dominicano.

pareció y nunca más fue visto. Trujillo ordenó su secuestro y, en un avión pilotado por un joven norteamericano, Galíndez, drogado y maniatado, fue trasladado a presencia del Generalísimo. Dicen unos que Trujillo le obligó a comerse la tesis, bocado de papel tras bocado de papel. Otros dicen que tales anécdotas son invenciones. Lo cierto es que Jesús de Galíndez fue torturado y, luego arrojado su cuerpo a los tiburones del Caribe.

La desaparición de Galíndez no pasó desapercibida en Nueva York. El FBI investigó el caso pero no llegó a ninguna conclusión. Poco a poco, sin embargo, las sospechas comenzaron a caer sobre Trujillo. Este, con sus clásicos modales, intentó poner remedio a la situación: Ordenó eliminar a los testigos. En diciembre del mismo año aparece muerto Gerald Murphy, el joven piloto norteamericano que había capitaneado el avión. La versión oficial —un accidente— no se la cree nadie. Desde Estados Unidos se pide una investigación. Octavio de la Maza, amigo de Ramfis, miembro de una de las principales familias dominicanas, es detenido y acusado de haber dado muerte al norteamericano. De la Maza había sido el organizador del secuestro por orden de Trujillo. La versión oficial decía que De la Maza mató al yanqui porque éste le había hecho proposiciones homosexuales. El 7 de enero De la Maza aparece muerto, oficialmente suicidado. Su hermano Antonio juró vengarse y fue uno de los que mataron al tirano, al chivo como era conocido popularmente.

El 23 de enero de 1958 caía en Caracas el régimen de Pérez Jiménez y subía al poder Rómulo Betancourt. Era un viejo enemigo de Trujillo. Este inició una feroz campaña contra su vecino que culminó, tras animar y subvencionar a todos los militares venezolanos participantes de un golpe de Estado, en un atentado del que Betancourt salió herido levemente.

El intento de asesinato del presidente venezolano fue un patinazo más en la caída de Trujillo. La situación en el Caribe, con la llegada de Fidel Castro al poder estaba muy complicada. Trujillo intentó jugar nuevamente la carta anticomunista. Pero muchos anticomunistas pensaban que, si alguien favorecía a los castristas, eran tiranos como Trujillo. Castro da refugio a todos los opositores del Benefactor. Lo mismo hace éste con los anticastristas, en primer lugar el derrocado Batista.

El 14 de junio de 1959 un grupo armado,

procedente de Cuba, penetró en la República Dominicana. La acción, que pretendía reproducir la de Castro desde Sierra Maestra, fracasó. Los insurgentes fueron muertos como conejos y los que salvaron la vida encontraron la muerte en la tortura. Algunos de los muertos pertenecían a las familias más importantes de la República. El SIM (Servicio de Investigación Militar) realizó numerosas detenciones. Más de sesenta murieron y todos fueron torturados e incomunicados. A pesar de la fuerte represión, sin embargo, la invasión había dado sus frutos y nació un movimiento, conocido como el «14 de junio», de oposición a Trujillo y que caló entre la población.

En 1960 la Organización de Estados Americanos, a iniciativa de Venezuela, suspendió las relaciones con la República Dominicana. El Generalísimo se tambaleaba en su trono y para afianzarse se servía de la sangre. La represión aumentaba. El caso de las hermanas Mirabal supuso un nuevo escándalo: Eran tres hermosas dominicanas y sus tres esposos estaban muertos. Una tarde los agentes del SIM les tendieron una emboscada, las montaron en un camión y las mataron a golpes, arrojando luego sus cuerpos y el camión por un precipicio.

Pero en la noche del 30 de mayo de 1961 el Grupo de Acción cumplió su misión: **El Chivo** fue cazado y muerto. Dicen que al final estaba ya loco. Su régimen fue una tiranía. Sus modos, una parodia. Como dijo el autor (7): «El Benefactor ha muerto, pero los benefactores viven entre nosotros». ■ G. G.

(7) H. M. Enzensberger, pág. 79.



Después de la muerte del Benefactor hubo conflictos y revueltas. Se convocaron elecciones que fueron ganadas por Juan Bosch, un hombre de izquierdas. A los siete meses, en 1965, los marines yanquis entraron en Santo Domingo para imponer la «Pax Americana».